

AC 12 104

Acceso UNED. Radioeducativa para los alumnos de este curso, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Temas, explicaciones, orientaciones y seminarios radiofónicos en... Acceso UNED.

De diez a diez y media de la noche, de lunes a viernes. En sábados alternos, programas interdisciplinarios e informativos de nueve a nueve y media de la mañana. Buenas noches.

Este es el último programa de este trimestre del curso de Acceso. Volveremos el lunes 7 de enero. Antes de nada, aprovechamos para desear a todos Feliz Navidad y Venturoso Año Nuevo.

Y también animar a los alumnos, especialmente aquellos que se hayan quedado más retrasados, para que aprovechen el tiempo de las vacaciones en ponerse al día. Al menos las dos primeras unidades didácticas de cada asignatura, y quizá también la mitad de la tercera, deben estar ya vistas y estudiadas para después de las vacaciones. Esta noche trataremos de introducción a las humanidades con las profesoras Lourdes y Gloria Toranz.

Se trata de estudiar el concepto de vida feliz y de felicidad en Seneca y en Agustín de Hipona. Igual que en los comentarios anteriores de textos filosóficos, elaboramos un casete en el que este comentario filosófico... del concepto de vida feliz en Seneca y Agustín de Hipona se desarrolle pormenorizadamente, que será puesto a disposición de los tutores en los centros asociados, del que podéis obtener copias. Tres son los estoicos del período romano, Seneca, Epicteto y Marco Aurelio.

Vamos a centrarnos en el primero, Lucio Agneo Seneca, que es el que está en la unidad didáctica de filosofía, y en la que está también el texto que tenemos que comentar, en el punto concreto del concepto que tuvo de la felicidad. ¿En qué bibliografía nos basamos? Seguimos en parte teorías vertidas por José Luis García Rúa en su estudio titulado El sentido de la interioridad en Seneca, publicado en colección monográfica de la Universidad de Granada. Es innegable que Seneca proyecta el esquema estoico sobre todo aquello que trata, al menos, esto es así en términos generales.

Sin embargo, también es posible afirmar que lo hace más como un valor instrumental que como doctrina en la que él comulga de modo sustantivo. Seneca afirma, Utilizaré el camino antiguo, pero si encuentro uno más liso y más a mano, eso me lo abriré. Es como si declarara que no va a sacrificar sus convicciones al estoicismo.

Y añade, no estoy comprometido con ninguna escuela. Bueno, Seneca no comulga con ninguna escuela, pero sin duda el estoicismo le determina poderosamente. Sí, el estoicismo satisfacía una parte de las inquietudes y exigencias interiores de Seneca.

Y ninguna otra doctrina de la antigüedad le ofrecía la misma posibilidad de expresar y de

encauzar su agonía moral tal como él la tenía planteada. De ahí que se mantenga, de alguna manera, en los dogmas estoicos, aunque estos dogmas violentaran una parcela de sus exigencias interiores. Y así él mismo dice, los preceptos, los dogmas, no nos hacen felices.

Únicamente sirven de aguijón a los espíritus dóciles, excitándoles para que realicen actos virtuosos. La adquisición de la virtud depende de nuestro trabajo y de la práctica de los deberes que nos prescribe. Es decir, el interior estoico es objetivo y estático, se asienta en preceptos o dogmas.

La moral estoica va de lo abstracto a lo concreto. Por el contrario, la moral de Seneca relaciona la vivencia personal con los principios que están condicionados por la personalidad interior del que los vive. Así, Seneca es ferviente defensor de los preceptos en donde se apoya su base doctrinal.

En cambio, arremete contra los dogmas que considera aniquiladores del dinamismo interior. Y dice, es preciso que llegues a lo concreto de las cosas. Primero, porque los hombres creen más en los ojos que en los oídos.

En segundo lugar, porque el camino por medio de los preceptos es largo, en cambio es breve y eficaz a través de los ejemplos. Y así, los escritos de muchos filósofos, que tienen nombres famosos, carecen de sangre y de vigor. Hacen afirmaciones gratuitas, discuten, discurren con sofismas, pero no comunican un espíritu vigoroso porque no lo tienen.

Entonces, para llegar a lo concreto de las cosas, para poseer ese vigor y fortaleza de pensamiento de que habla Seneca, ¿cuál es el camino que debe recorrer el filósofo? Hay que llegar a una plenitud experimentada, internamente vivida, que pone en comunicación con la interioridad del sabio, estoico, en lo que tiene de autarquía y de dominio de sí mismo. Al triunfar sobre el objetivo, incluso sobre los acontecimientos y las pasiones, se produce la marcha hacia el interior y la conquista de lo que Seneca llama la interioridad brutal. Interioridad que en Seneca no es nunca hermética, sino que tiene una salida, una salida hacia la amistad, hacia la humanidad genérica o hacia Dios.

Y así afirma el filósofo. Retírate a ti mismo todo lo que puedas. Trata con aquellos que pueden hacerte mejor.

Admiten tu amistad a aquellos a quienes tú puedes hacer mejores. Estas cosas se hacen recíprocamente porque los hombres, al enseñar, aprenden. Y sigue en otro momento.

Traduzco a letras consejos saludables como fórmulas de medicamentos útiles, después de haber experimentado que son eficaces en mis propias úlceras, las cuales, aunque no estén curadas del todo, dejaron ya de extenderse. Esta subjetividad senequista se extiende también a la valoración de las cosas que nos circundan. Y así dice.

Nada intentarás en vano. Nada se te impedirá. Todo saldrá según tu decisión.

Nada adverso te ocurrirá. Nada te sobrevendrá contra tu sentido de las cosas ni contra tu voluntad. Y también.

No somos atormentados por el dolor, sino por nuestra representación del dolor. No es dichoso el que no se considera tal. Se trata, pues, de saber, pero de saber para la vida, es decir, el saber de Seneca es un saber en el que consiste un determinado vivir, no es por tanto una sabiduría inquisitiva e intelectual, sino un saber para vivir de una manera determinada.

Frente al estatismo del conocimiento antiguo, Seneca nos presenta el carácter dinámico del saber o del conocer. Las cosas son en función de la vida personal. Y así afirma.

Tengo lo que quise, lo que busqué. Ni me arrepiento ni me arrepentiré. Ni la fortuna con ninguna clase de injusticia me llevará a que yo escuche esta voz.

¿De qué me sirve ahora la buena voluntad? Me sirve. Y ello tanto en el tormento del potro como en el del fuego. Que éste me sea aplicado a cada miembro.

Que recorra poco a poco todo el cuerpo vivo. Aunque el corazón mismo lleno de buena conciencia se funda gota a gota. El fuego será agradable para aquel por medio de quien la íntegra felicidad tenga ocasión de brillar.

De esto que se acaba de decir parece deducirse que Seneca desde luego es una personalidad compleja. Si el estudioso de Seneca tropieza con las dificultades de todo el que intente investigar una personalidad que supera la obra misma por él realizada. Así afirma Reisenstein de Goethe.

Goethe como hombre es más inabordable que su misma obra completa. De la misma manera el análisis de la obra senequista presenta complejidades y contradicciones sin cuento hasta el punto de ser susceptible de múltiples interpretaciones siendo causa de constantes polémicas. Bueno, dejando de lado las controversias a los puntos de vista antagónicos, yo creo que podemos centrarnos ya en el análisis de aquellos pasajes de la filosofía senequista donde el filósofo toca el tema de la felicidad.

Vamos a entresacar algunos pasajes donde el filósofo trata este punto y vamos a hacer una lectura lineal. Así, un primer pasaje es éste. Todos aspiramos a vivir felizmente sin conocer a nadie que pueda decirnos en qué consiste esa manera de vivir.

De ahí la enorme dificultad para conseguirlo, porque cuanto más nos apresuramos, si hemos cerrado el camino que a ella conduce, tanto más nos alejamos de la meta. A eso se debe que nuestras prisas por lograr el goce de la dicha en esta vida sólo sirvan para distanciarnos de ella a medida que avanzamos en nuestra marcha. Si meditamos un poco sobre lo que acabamos de escuchar, la conclusión sería que lo que Seneca plantea en este pasaje es la idea de que la aspiración a la felicidad es universal.

Oigamos ahora otro pasaje. En primer lugar, examinemos cuál debe ser el objeto de nuestros

deseos. Luego, cuáles son los medios que concurren a ello con mayor rapidez.

Por el camino nos daremos cuenta del avance conseguido con tal de haber elegido el adecuado, así como del trecho que nos queda aún por recorrer para obtener aquello que todos deseamos por naturaleza. Mientras vaguemos errantes sin tener más guía que el confuso rumor o los discordantes gritos de la multitud que nos llama para que vayamos por la derecha ahora, por la izquierda más tarde, pasamos la breve vida dando pasos en falso, aun cuando dediquemos los días y las noches exclusivamente al estudio de la sabiduría. Lo que debemos hacer es fijarnos el término de nuestra marcha, buscando un buen guía que conozca perfectamente el itinerario.

Porque no se trata de viaje ordinario, durante el cual encontramos indicaciones que eviten nos extraviemos, o indígenas que nos señalen el buen sendero. Pues en este viaje los caminos que emprendemos y seguimos son todos muy frecuentados, no siendo el más seguro el más trillado. Guardémonos sobre todo de avanzar como rebaños de carneros que van unos tras otros, informémonos del lugar a que debemos dirigir nuestros pasos antes que sobre el que pisamos.

Si meditamos sobre este pasaje que acabamos de oír, concluimos que se refiere a que hay que fijar en la vida las metas y buscar un buen guía. Vamos a escuchar otro fragmento más de Seneca. Nada tan perjudicial como el hábito adquirido de aceptar la opinión más en boga.

Acostumbramos a aprobar cuanto la mayoría admite, dándonos muchos ejemplos. La imitación nos sirve de guía antes que la razón. ¿Por qué, pues, sorprendernos de nuestros fracasos? Nos empujamos, nos molestamos, nos derribamos unos a otros cuando vamos apretujados formando piña.

Mientras sigamos a los que nos preceden sin tomarnos el trabajo de juzgar por nosotros mismos, viviremos a expensas de los demás, pasando el error de unos a otros porque el ejemplo nos desvía. Para evitar este inconveniente es preciso que nos separemos de la multitud. Tenemos que combatir la muchedumbre que no presta oídos a la razón, esclavizándose a los prejuicios.

Cuando entra en juego la felicidad en la vida, no permito que se me alegue. Esta opinión es la más corriente, porque ello me basta para persuadirme de que es la peor. Tampoco admito que se me diga, que la mayoría juzga mejor porque lo propio del vulgo es precisamente caer en el error.

Lo que debemos procurar es ceñirnos a la esencia de las cosas antes que aceptar la costumbre. Indaguemos en qué consiste la felicidad, y no nos preocupará lo que piensa el vulgo, que en este sentido es el menos hábil de todos los jueces. Es posible ser vulgo en toda condición, porque el color de la indumentaria en nada modifica la cosa.

Lo exterior es incapaz de causarme ella en mí, porque vislumbro la verdad con ayuda de una

luz más segura. Lo que debe decidir lo que conviene a nuestros intereses es el alma. LA CONCLUSIÓN FUNDAMENTAL La conclusión fundamental de este último pasaje es que hemos de separarnos de la multitud y huir de ser vulgo.

Creo que podemos recapitular la doctrina de Séneca y analizarla filosóficamente. Los estoicos, en consonancia con su principio vivir según la naturaleza, concluyen que el bien o la virtud consiste en la perfectivación de la naturaleza de cada uno. Es decir, dan a la idea de bien un carácter genérico que va a entrar en litigio, de alguna manera, con la noción que de bien tiene Séneca.

Tampoco podemos negar lo que el propio Séneca confiesa. El bien, dice, es la razón. Ni negamos que, al decirlo, Séneca tenga delante un esquema estoico.

Pero surge una pregunta. ¿Qué es lo que Séneca entiende por ratio? ¿Es lo mismo que el logos acuñado por el estoicismo? Este es el nudo gordiano que intentamos desentrañar. En principio, Séneca nada tiene en contra de la idea genérica de bien.

Y cuando se mueve dentro de la terminología estoica, no le repugna tampoco la idea de ese bien que podríamos llamar natural. La antropología estoica pone la esencia del hombre en el logos. Séneca afirma que lo propio y exclusivo del hombre es la ratio.

Ambos coinciden en delimitar ese solo bien, único bien, del hombre, propio y exclusivo de su esencia. Pero en lo que las posturas no coinciden es al clarificar las calidades de ese mismo bien. Y es precisamente cuando Séneca, hablando de ese bien con relación a sus calidades, cuando se desvía de la doctrina estoica.

Sí, pero no solamente se desvía de la doctrina estoica, sino que hemos de suponer que Aristóteles, con su ética nicómaco, también influye sobre Séneca de alguna forma, aunque Séneca luego siga su propia ruta. Aristóteles en la ética nicómaco, pasaje 1, 8, 15, dice que aunque el bien supremo radique en la virtud, la felicidad no puede ser perfecta sin los bienes externos. Séneca, que se sirve de la ética nicomaquea para remeter contra epicúreos y hedonistas, disiente de esta girita en esta apreciación suya, y no está de acuerdo en considerar a los bienes externos bienes ni siquiera en este carácter instrumental, rechazando también la moral jerárquica de Aristóteles.

La discrepancia de Séneca y de Aristóteles en este punto es, pues, palpable. Pero a continuación, Aristóteles, junto a la idea de bien, coloca la idea de felicidad y así afirma. No se puede atribuir felicidad ni a los animales ni a los niños.

Séneca, partiendo de la idea de vita beata presente y tomando pie de la afirmación aristotélica, comienza una larga digresión en la que sostiene que ni los animales ni las plantas tienen el bonum y que los niños también carecen de él, aunque pueden llegar a adquirirlo. ¿Por qué no se da el bien en el árbol ni en el animal? Porque tampoco se da en ellos la razón. Y sigue así su razonamiento.

El verdadero bien no existe ni en los árboles ni en los mudos animales. Lo que en ellos constituye el bien se llama bien en sentido precario. ¿Cuáles? me preguntas.

Aquello que es conforme a la naturaleza de la cosa. El bien ciertamente no puede darse de ninguna manera en el mundo animal. Es propio de una naturaleza mejor y más perfecta.

Los demás animales, desprovistos de razón, son perfectos sólo dentro de su naturaleza. En realidad no son perfectos. Pues a fin de cuentas, perfecto es sólo lo que es perfecto con relación a la naturaleza universal.

Ahora bien, la naturaleza universal es racional. Las demás cosas pueden ser perfectas sólo dentro de su género. Donde no puede darse la vida bienaventurada, tampoco puede darse aquello con lo que se produce la bienaventuranza.

Así pues, en el mundo animal no existe el bien. Es decir, Seneca es anti-aristotélico porque postula la unicidad del bien para el hombre, idea que comparte con los estoicos. Sí, pero Seneca se aparta de la estoa al afirmar que el bien del hombre es el único bien del que se puede hablar con propiedad.

Seneca, al separar tajantemente mundo vegetativo y animal por un lado y mundo del hombre por otro, separa la ratio de las esencias naturales y coloca al hombre y su bien, es decir, el bonum humano, trascendiendo el resto de los bienes naturales por excelsos que estos sean. Es decir, Seneca considera la naturaleza que permanece en una individualidad concreta como absolutamente distinta de la naturaleza universal. Y considera la naturaleza universal de un orden esencialmente superior.

Incluso es tal la diferencia que no hay correlación ninguna entre ambas naturalezas, con lo cual la postura estoica queda totalmente superada. Bueno, y con respecto al tema que nos ocupa, que es la vida feliz, la felicidad, ¿cómo se relaciona con el bien? Seneca identifica bien y vida feliz en muchas ocasiones. Lo hace al menos siempre que quiere delimitar cualitativamente este bien.

Escuchemos un texto suyo. ¿Qué nos impide calificar la vida dichosa del espíritu libre, levantado, valiente y seguro, colocado más allá del miedo y del deseo, que tiene por único bien la honestidad y por único mal la vileza, siendo así que la restante multitud de cosas no añade ni quita nada a la vida feliz, viniendo y marchándose sin detrimento ni aumento ninguno del sumo bien? No se trata, por tanto, de apartarse de las cosas, sino de dominarlas. Entonces nacerá ese inestimable bien, la paz del espíritu, puesto en seguridad, la elevación.

Y una vez desterrados los miedos por el conocimiento de la verdad, vendrá un grande e inmovible gozo y la dulzura y desbordamiento del alma. Para Seneca, el máximo valor de la felicidad consiste en el logro de la alegría en el gozo interior, en el contento profundo. Se ha alejado, pues, de la estoa y de su apática tranquilidad del alma, compatible incluso con el frecuente rostro estoico, triste y severo.

Seneca cifra su ideal en la conquista de una positiva alegría de vivir. Alegría de vivir. Esta es la felicidad para Seneca.

¿Y la razón? ¿Qué valor tiene en su filosofía? Seneca encuentra en la ratio una actividad que busca la verdad. Además, el bien no puede ser otra cosa que la actividad de la razón. Es decir, el bien es conocimiento de las cosas, de igual forma que el mal es su desconocimiento.

Y nos preguntamos, ¿en qué consiste, pues, el saber, la ratio senequista? Extraemos la respuesta de su epístola 120, en la que después de decirnos con Aristóteles que la idea de bien es analógica, concluye. La actividad de la ratio no es ningún saber discursivo, especulativo, sino un saber voluntativo, un saber de inspiración. Vivir y haber vivido tiene un valor positivo para la ratio, para el shire senequista.

De ahí que la vida moral se conciba no como una meta, sino como un proceso. Vivir es aprender constantemente, avanzar en el proceso moral. ¿Cuál es el sentido de la ratio senequista? Bueno, pues creo que hemos dado ya una visión clara de Seneca.

Y vamos a dejar a Seneca para tratar del otro autor que nos ocupa, Agustín de Hipona, para llegar a descubrir su concepto de la felicidad. Podríamos comenzar describiendo sus coordenadas temporales y su perfil biográfico. San Agustín, perteneciente a la época antigua, asimila y transmite dos culturas, la grecorromana y la judeocristiana.

Fue inmenso su talento, con inteligencia poderosa para el análisis y la síntesis, con voluntad indomable y una sensibilidad que unía a imaginación creadora, inmenso sentido del humor y exquisita ironía. Su experiencia abarca un espléndido abanico de posibilidades, católico, maniqueo, escéptico, neoplatónico y, de nuevo, definitivamente católico. Leyó a los platónicos con lectura cristiana y a los cristianos con ojos platónicos, y a todos interpretó de modo único, a su propio modo.

Fue el primer filósofo que superó el cosmologismo helénico, proclamando la supremacía del espíritu humano frente a la naturaleza. Y, a la vez, fue el primer cristiano que presentó la imagen de Dios como cabeza de puente en la que todos los hombres pueden coincidir. Y adaptó una teología racional a los tres problemas radicales que se plantea la existencia humana, la verdad, el ser y el bien.

¿Y cómo su estilo y qué otros aspectos de su personalidad podríamos destacar? El estilo literario del hiponense es cálido, preciosista, rotundo, de frase pendular y contrastada. Inspirador de todas las polémicas, autoridad en diversos campos, puede considerarse incluso peligroso adversario. Y su prestigio va en aumento actualmente entre historiadores, psicólogos y sociólogos.

No en vano ha sido maestro de introspección, descubridor de la sociedad y organizador de una prodigiosa teología de la historia. Un episodio, la muerte de un amigo, descubre el alma agustiniana con mayor hondura que cualquier dato que podamos añadir todavía. En esta

descripción, con toda la hondura del desgarró, se pone de manifiesto la limitación del hombre, porque no puede impedir algo que le sobrecoge y le aterra.

Y se hace patente su desvalimiento y la contradicción esencial de su ser. El tiempo del programa se agotó y aquí tenemos que parar. El concepto de felicidad en Agustín de Hipona se desarrollará más ampliamente en el casete que se va a enviar a los centros asociados.

Nada más, buenas noches y muchas gracias por vuestra atención. Y nos despedimos hasta el lunes 7 de enero. Esto fue Acceso UNED.

Y hasta aquí llegó este viernes 21 de diciembre el tiempo de la UNED. Que volverá mañana a las 9 de la mañana con 30 minutos dedicados a alguna faceta de nuestra historia poco conocida con el espacio de María Victoria Sendón, La España Herética. Estaremos en las mismas emisoras Radio 3 y Radio Cadena Española en Soria, Valencia, Barbastro y Pamplona.

Y a todos los que mañana no puedan sintonizarnos les deseamos ya, ahora mismo, unas felices fiestas navideñas. La UNED volverá de nuevo en enero de 1985, el día 7 de enero. Adiós y muy buenas noches.